



Yo emigro, tu emigras

ALICIA CEBOLLADA



EMIGRACIÓN 1

Dictador de España General Francisco Franco Bahamonde.

Da un golpe de Estado fallido en julio de 1936.

Comienza una guerra civil de cuatro años que termina el 1 de abril de 1939.

Fue dictador durante treinta y seis años, hasta su muerte el 29 de noviembre de 1975.

Catorce años. Cantos de sirena

En el año 1954, cuando tengo catorce años, en mi familia se crea una confabulación de la que yo ni cuento, ni casi me entero. Cuando algo escuchaba me parecían cantos de sirena, o sueños de mis padres. Nombraban un país del cual nunca había oído hablar, Venezuela. Y estaba tan lejos que para llegar a él había que hacer un largo viaje, primero en tren y luego montarse en un barco que navegaría días y días por el Océano Atlántico. El barco zarparía desde Barcelona, pasaría por varias ciudades españolas y luego por otros países que me sonaban demasiado lejos, Puerto Rico, República Dominicana y llegaría a su fin en Venezuela.

A mis catorce años lo que más me unía al mundo era un aparato de radio, en el cual yo escuchaba canciones, obras de teatro, programas infantiles y si había noticias no me interesaban, ni creo que fueran muy trascendentes.

Vivíamos en un país, España, que se movía dentro de una dictadura militar que había llegado después de una cruenta guerra civil de cuatro años. Para los que allí habitábamos, y en especial los que habíamos nacido dentro de ella, nos parecía lo más natural del mundo y estábamos acostumbrados a estrecheces económicas y a ver como una gran fantasía todas las películas que nos llegaban de los países que estaban fuera de nuestros límites.

Para aquel entonces España y todo su territorio nos quedaba grande, así eran las pocas posibilidades de viajar para cualquier familia y en especial, las de clase media baja que era a la que yo pertenecía.

Había estado en Teruel, en Valencia y en un pueblito de Zaragoza donde vivían unos tíos y solía ir con frecuencia en mis vacaciones escolares, debido a que tenía una salud algo precaria y por consejo del médico "cambiar de aires" me hacía tener mejor apetito y volvía después de dos meses con algún kilito de más. Pero esa era toda mi historia de viajera.

Siguiendo con el cuento de la confabulación familiar en cuanto a un viaje definitivo de toda la familia, me parecía algo muy lejano y que se hablaría de él durante mucho tiempo y que al final quizás todo iba a quedar tal cual estaba en esos momentos.

Negación. Proyectos posibles

Pero no, no fue así. Había otros proyectos por debajo que sustentaban la posibilidad de irse del país.

Unos amigos de mis padres, Diego y Pepita, con dos niñas, hacía unos tres años que habían emigrado a Venezuela y ellos a su vez habían entusiasmado a mis primos hermanos Elvira y Tomás para que los siguieran. Ellos también se habían ido y estos primos que eran contemporáneos de mis padres, se sentían un poco solos, por lo tanto, estaban tratando de convencer a mi papá y mi mamá, de las bonanzas del país al cual habían emigrado. Así que había más posibilidad de un viaje del que yo imaginaba y podían ser más perseverantes en esa idea de lo que yo suponía.

En Zaragoza, que era la ciudad donde vivíamos, había muy pocas posibilidades de trabajo para mi papá. Él tenía un empleo para el que en verano debía estar en Andalucía y en invierno, en un pueblo dentro de la provincia de Aragón. Mi padre trabajaba para una fábrica que procesaba un tipo de remolacha de donde sacaban el azúcar. La materia prima que lógicamente salía de las siembras de los campesinos, la vendían a esta azucarera. Su trabajo, junto con otra persona, era ir pagando las cosechas conforme las entregaban a camiones que las iban recogiendo. Ellos iban con dinero en efectivo dentro de unos maletines, de pueblo en pueblo y de siembra en siembra. Así era de diferente todo hace sesenta y tres años en España. El trabajo para él era muy duro, siempre viajando, con riesgo porque llevaban dinero y además le quedaba muy poco tiempo para compartir con la familia, pues cuando la zafra se acababa por Aragón viajaban al sur de España, a pueblos de Andalucía donde había campesinos que también sembraban este tipo de remolacha.

Por lo tanto era muy tentador, cuando mis primos les contaban a mis padres de un país donde había trabajo en abundancia y todo lo que les transmitían les hablaba de progreso y bienestar, algo de lo que carecíamos precisamente en esos momentos en España.

Problemas. Soluciones

Resultó que mi padre no podía ir como emigrante. En Venezuela había mucha facilidad para entrar si se tenían las condiciones, pero él había superado la edad esperada. Esto era un inconveniente, pero todos buscaron una solución y la

encontraron. Mis primos desde Venezuela le hicieron un contrato de trabajo a mi hermana y así ella tendría la puerta abierta del nuevo país. Se iría y el compromiso con mis padres era que si no le gustaba o lo veía no conveniente para la familia, al año debía estar de regreso. Si por el contrario, le gustaba y veía buenas posibilidades para los cuatro, entonces como hija podía llamarnos al resto de la familia y así entrábamos a Venezuela con toda facilidad. Al año deberíamos estar nosotros viajando a reunirnos con ella y de nuevo todos juntos.

También a su vez, como seguro iba a trabajar enseguida, y el bolívar era una moneda tan fuerte como el dólar, ganaría pronto el dinero de los tres pasajes restantes y el pago de toda la documentación necesaria, pues todo esto era caro. Y mi hermana viviría en casa de la familia, Tomás y Elvira, que ya teníamos en Venezuela.

Ella acababa de terminar unos estudios en la escuela de Comercio, tenía 18 años y se dedicó a esta empresa; tomar la decisión de si su familia tenía que emigrar o no. Demasiado joven para algo tan complejo y lo cumplió a toda cabalidad.

Quince años. Comienza la Odisea

Cuando veo salir a mi hermana, junto con mi otra prima Irene hacia Venezuela en el año 1955, empiezo a entender que la cosa iba en serio, pero que quizás se regresaba. Tampoco me asustaba mucho, además mi familia siempre fue bastante estructurada y me sentía muy confiada de las decisiones que tomaran, lo que hicieran iba a estar bien y seguía con mi vida de quince años, la más pequeña de la casa sin más obligaciones que obedecer, y mucho menos cuestionar, entonces se cuestionaba poco y sobre todo si una consideraba que sus padres eran buenos y se sentía querida.

Mientras tanto yo iba a una academia para aprender mecanografía, taquigrafía, redacción, y otras cosas, para trabajar como secretaria al llegar a Venezuela.

Dieciseis años. Llantos y tristeza

Así creciendo y sin darme cuenta llegué a mis dieciseis años, que los cumplía en marzo y ya en julio estaríamos viajando hacia un nuevo destino. Mis padres habían vendido y regalado los muebles y objetos que no creían necesarios llevar y embalaron aquello que podía ser útil en baúles que nos acompañarían en nuestro viaje.

Para mi ese último año fue de gran cambio y justo en ese tiempo hice amistades más fuertes, el grupo de amigos de mi edad crecía y la amistad empezaba a tener

mucha más importancia en mi vida. Con las amigas afiancé el afecto y salía con ellas en mis horas de ocio ya que mis padres me dieron el permiso. Sentí que crecía, hasta ya empezaba a darme cuenta si me gustaba tal o cual muchacho de mi grupo.

Y todo se dio muy rápido, de repente un día estábamos en una estación de tren con todos mis familiares y amigos, tantos que llenaban el andén, me despidieron entre abrazos y lágrimas y entendí que era en serio, que una nueva vida comenzaba para mí y no sabía nada de lo que podía pasar, solo me daba cuenta que un dolor muy muy fuerte estaba en mi pecho y embargaba todo mi cuerpo y que ni la seguridad de ver que mis padres estaban conmigo me daba sosiego.

De pronto todo, absolutamente todo, tenía una tristeza infinita que no entendía ni sabía dónde estaba su comienzo ni su fin.

Recuerdo en el tren que íbamos hacia Barcelona, como Zaragoza es muy llana, se veía la silueta de la Basílica del Pilar, alejándose y poco a poco se iba borrando y cada vez más lejos, más inaccesible, y yo con una sensación de que me iba al fin del mundo, me alejaba de mis calles, mis plazas, mi casa que ya no existía, allí ya no tenía nada, todo se iba diluyendo como el paisaje, solo lloraba con un llanto inconsolable que nadie podía calmar.

Y llegué a la ciudad de Barcelona sin gusto por conocerla, llena de dolor y lágrimas y sin ganas de reír, mis padres intentaban calmarme y consolarme pero con cada palabra, más afloraba mi llanto. Se había abierto un manantial sin fin y así pasé como una semana y quedó en el olvido la ciudad nueva para mí y solo las lágrimas fueron las protagonistas.

Virginia de Churruca. Vacaciones inesperadas

Un día en unos taxis fuimos a un muelle, donde había un barco grande blanco con un nombre: Virginia de Churruca y allí pasamos todo un día, desde embarcar los baúles y maletas, hasta entrar a conocerlo con mi prima Ángeles, hermana de Elvira. Ella vivía en Barcelona y nos acompañó todo el tiempo, hasta dejarnos dentro de ese barco ya con toda la documentación lista y en orden. Ella y otros acompañantes de pasajeros que también habían subido, fueron saliendo ante el llamado de las autoridades, mientras tanto nosotros íbamos conociendo dónde estaban nuestros camarotes. Todos los viajeros revoloteaban conociendo al personal de a bordo, preguntando por el comedor, por el camarero que les iba a atender durante el viaje, dónde serían las reuniones, qué actividades había, qué diversiones y entretenimientos.

Cuando el barco zarpó y soltaron las amarras, se oyeron las sirenas y mis padres y yo apoyados en la borda nos despedimos de España y de Ángeles, agitando un pañuelo mientras ella, sentada en el muelle, iba diluyéndose lentamente, esfumándose igual que había desaparecido el templo del Pilar desde el tren.

Y aquí empezó una etapa diferente y mis lágrimas de despedida comenzaron a desaparecer.

El barco resultó ser como un pequeño pueblo vacacional donde había comedor, piscina, bar, salas de juegos y hasta iglesia y celebraban misa todos los días temprano.

Enseguida nos reunimos un grupo de muchachas y muchachos jóvenes. Nos encontrábamos desde la mañana y nos entreteníamos conociendo de babor a estribor todos los recovecos de ese barco que una vez dentro era más grande de lo que parecía. Inventábamos juegos de grupo, e intentábamos disfrutar del ocio que allí se vivía. A la hora de las comidas debíamos reunirnos con nuestras familias pues teníamos lugares concretos en el comedor. Y en las tardes de nuevo el encuentro, el parloteo y los juegos.

Este barco llevaba mercancía y pasajeros, por lo tanto tenía que detenerse en algunas ciudades españolas, luego cruzar el Océano Atlántico y de nuevo se detenía en otros países. Todo para recibir o dejar mercancía o pasajeros. Por eso ese viaje resultó como un crucero de los que ahora en este nuevo mundo son una manera de vacacionar.

En España se detuvo en Cádiz y en las Islas Canarias. En cada lugar estaba entre uno o tres días. Por lo tanto un viaje que directo puede ser de siete a diez días, duró veintidós. Todo un tiempo de vacaciones. Cada vez que se detenía, explicaban a los pasajeros el tiempo que tenían para visitar el lugar y conocer y entonces yo salía a pasear junto con mis padres y alguna otra familia, pues los adultos también hacían sus amigos.

Y entonces ya comencé a disfrutar de unas vacaciones inesperadas y atrayentes. También hice nuevos amigos que de todas maneras tuve que volver a dejar al llegar a Venezuela.

Los camarotes eran de seis personas, pero separados los hombres de las mujeres, claro esto, según la categoría de los pasajes. La nuestra que era la más económica literalmente era la tercera clase, aunque le daban el nombre más democrático de "turística". Pero tuvimos suerte, pues como por lo visto esta clase económica era la más vendida y las clases más costosas tenían algunos vacíos, nos pasaron a mi mamá y a mi a un camarote de segunda junto con una señora y dos niñas, éste era mucho más bonito y más cerca de todos los servicios, además hicimos buenas relaciones con

esta señora y sus niñas juguetonas y para mi mamá fue mucho más agradable, pues yo por lo divertido del lugar, la tenía abandonada, estaba el día paseando y entretenida con las nuevas amistades, aun cuando algunas veces me acordaba de pronto de todo lo que había perdido y se me aguaban los ojos, pero enseguida se me pasaba, pues realmente estaba sintiéndome contenta con esas vacaciones inesperadas.

Viaje al fin del mundo

Cuando el barco salió de Canarias y comenzó su viaje por el Océano Atlántico tuvimos un drástico cambio, el barco se movía de una manera muy fuerte y diferente, y los pasajeros comenzamos a marearnos, tuvimos que apelar a las pastillas contra el mareo que los camareros nos entregaban y a unas personas les hacían efecto y a otras no, y algunos amigos desaparecían porque no salían de sus camarotes y de la cama. Yo duré un día más o menos sin apetito y viendo cómo el movimiento del gran barco me hacía ver en el horizonte de pronto el cielo y luego el mar, así era el sube y baja, pero lo superé rápido y luego seguí disfrutando de mi novedoso viaje, que fue inesperado, ya que nunca pensé que podía ser tan divertido.

Cuando el barco cruzó el ecuador, hicieron una fiesta, la llamaban la fiesta del capitán. Prepararon un show con los mismos pasajeros y daban una comida especial con brindis y todo. Allí conocí la piña, nunca la había probado, claro que era en almíbar y enlatada, entonces no había la facilidad de ahora que conocemos todas las frutas y comidas del mundo, por lo tanto era algo exótico para mí.

Tuve la audacia de ofrecermé para el show como declamadora, siempre me gustó y tenía un buen repertorio de poemas pues había ido a una escuela de declamación y podía no hacerlo tan mal. Me aceptaron, así que me presenté y también tuve mis aplausos. Se presentó también un cuarteto cubano, compuesto por los padres y dos hijos adultos y cantaron unas canciones hermosas, llenas de matices y colorido musical. Se hicieron llamar "Los cuatro del Ruf" y cuál no sería mi sorpresa cuando los vi en la televisión de Caracas presentándose, venían de una gira por Europa, eran profesionales. Cuando me di cuenta ya en Venezuela sentí vergüenza por mi audacia, pero también me daba orgullo, pues me decía "yo compartí escenario con ellos" ya que veía que eran conocidos y admirados.

Nuevo Mundo

En Puerto Rico disfrutamos de las modernidades de tierras americanas. Visitamos el aeropuerto que lo estaban estrenando, era grande y hermoso y vi por primera vez las maquinitas a las que se les ponían monedas y daban chucherías y refrescos. También comí mangos y vi vegetación diferente a la que tenía costumbre de ver en tierras españolas. Ya comenzaba a asombrarme por lo que veía al visitar países extranjeros. Al llegar a Santo Domingo en República Dominicana, también vi el cambio que puede darse en un país con un régimen dictatorial. Había muchos soldados armados, nos chequearon los pasaportes con minuciosidad como si buscaran algo y nos trataban con poca cortesía. Eran tiempos del General Rafael Leonidas Trujillo, terror de aquella época.

En República Dominicana disfrutamos de algo muy pintoresco: en el viaje venía una muchacha que se había casado "por poderes" con su novio que vivía en Santo Domingo. Ella se vistió de blanco como quien se va a casar y bajó por las escalerillas del barco. El novio también iba subiendo, los dos se encontraron en el centro, y se fundieron en un beso y un fuerte abrazo. Los pasajeros vimos todo desde las barandillas cual espectáculo y cuando se abrazaron, aplaudimos con ganas y alegría. Fue un gran momento. Parecía la escena de una película, pero fue real.

Venezuela. Momentos de añoranzas

Ya solo nos quedaba llegar a Venezuela. Llegamos de noche y el barco quedó esperando la llegada del práctico que lo conduce al muelle. Al amanecer, ya con el guía, entró el Virginia de Churruca y desde el barco vimos a mi hermana y a mis primos esperándonos. Emocionante también. Nos hablábamos de lejos, pues desde que llega hasta que desembarcan los pasajeros, pasa mucho tiempo. Tiene que entrar emigración al barco para chequear y aprobar la documentación de cada uno y darles entrada al país. Salimos a media mañana. Paseamos por La Guaira y Naiguatá hasta primera hora de la tarde, cuando nos entregaron el equipaje para subir a Caracas.

A pesar de la felicidad, de los abrazos y de la alegría, me entró como susto de nuevo. Había que enfrentarse a esa nueva vida, diferente a la que había llevado hasta ahora. No conocía ni el país, ni su gente, ni su manera de vivir, no sabía de qué hablaban los muchachos de mi edad, cómo eran, cómo serían sus bromas y su forma de compartir.

Mi hermana se desvivía por enseñarme. Cuando subíamos a Caracas me hablaba de esa autopista estrenada hacía poco tiempo, de su costo, de su importancia, de su tamaño, tenía ya un año viviendo allí, se desenvolvía bien y se veía contenta y feliz por tenernos a sus padres y hermana ya con ella. Tenía trabajo y esperaba que los tres nos sintiéramos contentos y pudiéramos comenzar en este país, Venezuela, la vida que añorábamos en la depauperada España.

Yo llegué sin muchas ganas, la vida del barco que para mi fue como una vacación inesperada había llegado a su fin, y la realidad me asustaba, pero estaba contenta al encontrarnos de nuevo con la familia reunida.

Y pronto, más rápido de lo que creíamos, tuvimos trabajo, pudimos alquilar un apartamento, y no solo reponer los muebles y cosas necesarias para el hogar que habíamos dejado, sino comprar esas otras que no existían donde siempre habíamos vivido, como lavadora, nevera y televisión, que nos sorprendían y nos hacían sentir que en verdad habíamos llegado a un país en el que podíamos disfrutar de progreso y bonanza.

Conforme iba pasando el tiempo tenía momentos de tristeza y otros de alegría, en los momentos tristes me acordaba de mis amigos, o recibía sus cartas que me ponían nostálgica. Un día recuerdo ir por la plaza Candelaria y caminando, mirando al suelo, me dije: "estoy en Zaragoza" con tal convencimiento que cuando levanté la cabeza me puse a llorar pues me lo había creído. También pasaba por una iglesia y entraba y me sentaba frente al altar y me decía lo mismo: "estoy en la Iglesia de Santa Cruz", como tantas veces en mi ciudad española y luego se me humedecían los ojos de tristeza, pero esos juegos se fueron distanciando poco a poco, conforme iba haciendo nuevas amistades, o veía a mi familia contenta y sin problemas económicos.

Emigrante feliz

Los momentos de alegría siempre eran con mi hermana llevándome a conocer tal o cual lugar, o a comer algo diferente, o comprar en un supermercado -que nunca los había conocido-, eso de llevar un carrito y meter la mercancía uno mismo, y tocar los objetos que se exhibían sin que nadie se molestara, me parecía estupendo. Enseguida comencé a trabajar y si bien del primer lugar me botaron porque estaba muy asustada y todo lo hacía mal, me contrataron luego en otra oficina, en una agencia de venta de motocicletas, y ahí ya me desempeñé muy bien y más bien me fui yo porque me ofrecieron algo más ventajoso en una compañía de seguros. Ahí estuve hasta que me casé y lo dejé porque me iba a vivir a otra ciudad. Trabajaba en una oficina donde no

solo me querían las compañeras, sino que me traían cosas de comer típicas de Venezuela para que yo las probara y yo lo disfrutaba mucho y allí hice también amigos y pronto me fui integrando y fui queriendo el país nuevo.

Sin darme cuenta estaba abierta y entregada y puedo decir que no sentí discriminación, yo lo viví así.

Y allí me casé y tuve a mis hijos y allí vivieron mis padres y allí murieron. Viajé y conocí esa tierra bendita, palmo a palmo, amando su paisaje tan diferente en cada lugar, su música y su gente. Allí viví la felicidad de ser abuela y allí estaba convencida de que me iba a morir porque creía firmemente que ese era mi país, el mejor del mundo y ya no deseaba nada más.



EMIGRACIÓN 2

Hugo Rafael Chávez Frías fue un político y militar venezolano, presidente de Venezuela desde el 2 de febrero de 1999 hasta su fallecimiento en 2013.

Poco tiempo antes de morir, en cadena de televisión Hugo Chávez pide a sus seguidores que voten por Nicolás Maduro en las elecciones que tienen que hacer a partir de su fallecimiento.

Desde su elección como presidente, Nicolás Maduro apadrinado por Chávez y por Cuba y haciendo trampas, gana las elecciones. Ha gobernado Venezuela por

decreto durante la mayor parte del tiempo desde el 19 de noviembre de 2013 hasta nuestros días. Lo sostiene un ejército corrupto y asesino que se ha vendido sin escrúpulos, que se ha enriquecido de una manera impensable y entre militares y civiles han enlodado nuestro país, dejando que el narcotráfico se pasee por nuestro suelo y lo hiciera suyo.

País en crisis

Como en la vida no hay nada seguro, ese país que yo amo apasionadamente, por problemas difíciles de entender, porque los hombre somos ambiciosos, porque perdemos las perspectivas y olvidamos que en esta vida estamos de paso y nuestro deber sería intentar dejar un mundo mejor del que recibimos, porque somos insensibles y no nos preocupamos por los que menos tienen, porque el poder envilece o porque somos ciegos y tontos, a ese país hermoso, pujante, rico y lleno de posibilidades que conocieron mis padres, le llegó un tiempo oscuro, sin luz, donde todo se perdió, donde la bonanza se transformó en carestía y las posibilidades de cultura y progreso para sus habitantes fueron disminuyendo y nada pudimos hacer por detenerlo.

Una nube de tristeza cubrió a ese país que ya era mío, al cual me aferraba de manera insistente y deseaba con todas mis fuerzas que eso que estábamos viviendo tuviera su fin.

Han sido ya veinte años de una dictadura, primero encubierta y luego más tarde, a viva voz, donde un socialismo del siglo XXI, así lo llaman ellos, ha perseguido cruelmente a los ciudadanos que no estaban de acuerdo con su pensamiento.

Marchas y esperanzas

Hemos hecho infinitas marchas donde una gran mayoría de personas pretendíamos dejar claro que no deseamos este régimen, que merecemos una vida mejor y soñamos con un país libre.

Hemos trabajado insistentemente haciendo todo aquello que creíamos podía ayudar a liberarnos de este yugo. Hemos cerrado calles, hecho grandes marchas, hemos corrido huyendo de los gases lacrimógenos incontables veces. Han asesinado a cientos de jóvenes en estas marchas, han apresado y torturado a otros tantos ya detenidos, han matado a muchos. A uno después de su muerte lo tiraron por una ventana diciendo que se había suicidado, a un policía y a un grupo que se reveló junto

a él, los rodearon en una casa en El Junquito, les dispararon y los mataron a todos con tiros de gracia aun cuando este policía se estaba entregando. Fue una masacre y murieron todos. Son tantas las violaciones a los derechos humanos que son incontables. Y se ha llegado a convertir en algo demasiado difícil, porque este régimen, que intentó comenzar partiendo de dos golpes de estado, ha hecho la mayor cantidad de trampas posibles para lograr hacerse infinito en el poder.

Como ciudadanos hemos sufrido engaños, escarnios, asesinatos, persecuciones, han robado el erario de una manera escandalosa y sin pudor, han dejado un país sin posibilidades de salir adelante, la economía se ha estancado durante años y hemos caído en una pobreza sin límites, mientras que los que han colaborado dentro de este régimen se pasean por el mundo impunemente, disfrutando con descaro de una riqueza tan impúdica e inmoral que es imposible haberla ganado con honradez.

Veinte años de sufrimiento

Yo tenía 58 años cuando a Hugo Chávez, estando preso por dar un golpe de estado, el presidente de turno lo sacó de la cárcel con una amnistía y le permitió lanzarse como candidato en los próximos comicios. Ganó con unas elecciones limpias, porque una buena parte de ciudadanos le dieron su voto, creyendo en un discurso demagogo donde toma a los pobres como bandera, sin entender que es un militar golpista y así será como se comportará cuando los ciudadanos ya no lo acompañen, hará innumerables trampas en las votaciones, comprará voluntades, destruirá instituciones para poner a aquellos que le respondan diciendo que sí a todo, para hacerlas de nuevo a su antojo, sobornará a militares y saldrá de aquellos que no sean sumisos ante sus maneras de ejercer el mandato.

Después de dieciocho años de sufrimiento, de ver cómo se cierran los periódicos, canales de televisión y emisoras de radio, languidece la economía y desaparecen las medicinas y la comida, al sentir el peso de la violencia y la bota militar, a mi familia le entra el deseo de no vivir más eso, no se lo merecen y sobre todo los hijos de mis hijos, mis nietos, que no han vivido otra cosa sino un régimen lleno de tristeza y opresión. Deciden una huida hacia otro país donde como familia puedan a volver a revivir la alegría y la esperanza de tener una existencia normal, como la que se vive en cualquier lugar del mundo, donde se pueda hacer una vida sin pensar solo en cómo protegerse de tanto maltrato.

Confabulación familiar

Y mientras mis hijas se reúnen conmigo y me cuentan sus planes, y yo los entiendo y los acepto, me doy cuenta que no solo hablan de ellos, comprendo que hablan de mí y de su padre, ellos no pueden irse tranquilos si no nos vamos todos. Y yo no tengo capacidad de disentir, José Antonio ya no se entera, él ya no puede decidir y yo me siento sin ánimo para quedar desvalida en un país depauperado donde ellas son mi fuerza y mi ayuda para todo lo cotidiano, que tan complicado se había convertido para todos.

Mi salud no es óptima y tampoco la de José Antonio, siempre sentí que en mi vejez viviría sola mientras fuera posible, recibiendo la ayuda desde sus hogares y en ese momento me doy cuenta de lo vulnerables que estamos cuando somos ya personas mayores. Ante esta situación intenté con lo mejor de mi voluntad verlo como una aventura más de las tantas que hemos vivido durante la vida en nuestro caminar. Conocer otro país, descubrir nuevas formas de vida. Sorprenderse ante la belleza de otros paisajes y otras culturas.

Y fue un corto tiempo el que teníamos para prepararnos, era mayo de 2017 y tenían una fecha ya decidida. Sería nuestra salida para agosto, del mismo año por supuesto.

Primero anunciarlo, contarlo, hay personas que uno tiene cercanas que debo de hablarles de estos planes aún cuando siempre puede suceder que no lleguen a cumplirse.

Mis hermanos, mi trabajo, mis compañeros, mis amigas, algunos vecinos, mis sobrinos, las amistades queridas que viven en el campo, a todos les iba comunicando poco a poco la posibilidad de este viaje que imaginaba sería bastante más tarde, habría tiempo de irse despidiendo. Todo con un dejo de tristeza, una sensación extraña, pues vivíamos en un país con un constante sufrimiento, pero al mismo tiempo sin deseos de que llegara a cuajar esto, que como en mi adolescencia, creía un tanto complicado y difícil.

Negación

Y de nuevo la negación, si no lo pienso no existe, si no lo lloro no sucede, y vivía mi día a día como si nada: eso no va a pasar.

Y pasó y me hicieron las reuniones de "adiós". En la oficina tuvieron el acierto de no llamarlo despedida: "celebraremos la vida" dijeron. El encuentro fue feliz, sin

hablar de que me iba, no recuerdo cómo lo viví, todo era extraño. Tengo una edad en la que hablar de despedidas es hablar de "para siempre", hay poco futuro y en una situación como la de mi país Venezuela, te vas sin ganas, y al mismo tiempo con dolor y vergüenza, pareciera que uno dice "ahí te dejo eso y no empujo más" y los que se quedan te piden "no nos olvides", "disfruta lo que tengas", "vive tu nueva vida" y otros "nunca vas a poder ser feliz" y en todos hay cierta razón.

Equipaje

Y llegó julio y fue verdad, llegó sin darme cuenta. claro, era muy cerquita, y ellas no tenían sus visas de trabajo, pero "eso no importaba, eran suficientes las visas de turistas". "Luego en México se arregla" y los niños comenzaban en agosto el año escolar y había que correr, y Milagros ya nos había comprado los pasajes para Miami, ellas querían que mientras se instalaban en el nuevo país, nosotros estuviéramos visitando a Milagros y familia y cuando llegáramos a México, ellos ya estuvieran en sus viviendas y ya arreglado nuestro cuarto.

Y la fecha no falló, fue en agosto. Y como diez días antes, yo abrí dos maletas e iba poniendo algunas cosas en ellas, no sabía qué llevar ni qué dejar, no es lo mismo hacer un equipaje de vacaciones que irte para siempre dejando todas tus pertenencias y así se iba acercando el día y mi equipaje sin hacer, qué objetos, papeles importantes, ropa tenía que llevar, y llegó Sonia como cinco días antes y lo hizo por su cuenta. En una tarde arregló las cuatro maletas y yo muy agradecida, pues estaba casi igual que en mi primera emigración, ausente de todo, en un vacío y le agradecí muchísimo que ella las hiciera, creo que se daba cuenta de mi estado casi catatónico, que parecía no tener ni frío ni calor, definitivamente no era yo la que me iba.

Y llegó el día 11 de agosto y me fui, inexorablemente, insisto, como en mis dieciséis años, solo que ahora tenía setenta y siete, pero me sentía igual de indefensa que en aquel lejano momento. No era mi decisión, era el destino que igual que me había regalado una patria hermosa, rica y vibrante, ahora me la quitaba de las manos e insistía en mi impostura, "no era tuya, fue prestada y ya se acabó".

Pasé tres meses en Miami con Milagros, olvidada de todo, como otras veces que fui de vacaciones, estaba pasando los días sin darme cuenta, disfrutando como mis días en un barco blanco, borrando mi destino, viviendo lo que me daba la vida, que eran familia, cariño y paseos. Solo con una pena que siempre tuve y tengo en mi corazón, la imposibilidad de no estar totalmente reunida toda la familia, sin dejar a ninguno, pero la vida a veces te niega cosas y no entiendes por qué.

México país hermoso. Venezuela ¿país borrado?

Y llegamos a México un día de noviembre del mismo año, con mucho frío y la alegría fue inmensa al ver a mis hijas en el aeropuerto y los abrazos y el encuentro y las calles, y las plazas y la casa diferente. Ya no estábamos en nuestras viviendas de Venezuela, ahora todo era distinto, y había que ver cosas hermosas y probar comidas ricas.

Pero yo tengo como una herida abierta que no termina de cerrar y no se cerrará nunca, porque es el país que dejé, que se manifiesta en la olla aquella en la que hacía tal o cual guiso, el sartén de hierro que tenía conmigo treinta años, la virgen humilde de terracota que me miraba desde mi cuarto, la blusa que no traje, el libro que olvidé y me pregunto ¿dónde está mi historia? ¿dónde mis fotos?, esa caja grande que contiene mis fotos de papel que testimonian una vida, los viajes, las mudanzas, las viviendas, el crecimiento de los hijos, en una piñata, en un jardín. Y mi álbum de bodas y las fotos de mis padres y tantas que me tomé con los amigos que he acumulado en el transcurso de mi vida. Todo eso quedó en una parte del mundo que ya no existe, porque el que dejé tampoco es el que añoro, el que añoro es en el que viví toda una vida.

Añorar todo el tiempo

He comprendido que ya que no puedo olvidar, intento en la medida que puedo disfrutar de lo que tengo, hijos y nietos cerca, comprar medicinas sin problemas, a veces me doy cuenta que aun me queda un deseo de acumular, tan común en el país que dejé, pensando que se puede acabar, caminar tranquila con el celular en la mano, cosa imposible de hacerlo en mi país pues automáticamente te lo roban. Caminar en la noche tranquila y sin miedo a los pasos de desconocidos, conocer otras ciudades, otras calles, otras plazas y sorprenderme de la belleza del país donde habito, México, donde intento vivir esta nueva vida sin complejos ni culpa y soy feliz, como es la felicidad, a ratos, y tengo un peso oscuro en mi alma continuamente, como una herida que no se cierra.

Camino por las calle de la mano de José Antonio, pero solitaria en pensamientos, donde otra vez me volví emigrante. Miro estas calles nuevas con asombro, y entonces no puedo apreciar su belleza, solo sé que no las conozco, que no son mías, y que las mías se encuentran lejos e inalcanzables para mi.

En todo esto consiste el emigrar, ¿hay que añorar todo el tiempo? ¿Es indispensable? Pienso que no, que este país que me ha dado cobijo merece un reconocimiento mío porque es generoso y me enseña a diario sus guiños y su calor, sus edificios y casas hermosas, su historia rica y exuberante y su color verde en tantas plazas y parques y me lo entrega todo con bondad para que yo lo camine y lo disfrute.

Vivir pensando en otro lugar

Pero qué es lo que hace que no me termine de entregar. ¿Será que es poco tiempo, que hace falta que los días transcurran? Ahí debe estar el problema, resulta que eso es lo que no tengo, tiempo, y en el poco que me queda lo primero que necesito ver es la libertad de mi país, y pienso que es eso especialmente lo que más me impide entregarme al disfrute de lo que estoy viviendo. Vivo pensando en otro lugar, y si lo estoy añorando continuamente existe una sombra, hay algo que no me permite disfrutar y ver al cien por cien lo que tengo delante de mis ojos. Porque es este país y son estas calles las que me sostienen y en ellas es que vivo el día a día.

Los emigrantes llevamos a veces historias que jamás serán contadas, porque estás pensando que la tuya es la misma que viven un montón de personas más, sientes que no vas a ser entendida. También hay personas que sufren más que otras, que son más sensibles en la parte emocional o la parte material la tienen más complicada y difícil, También existe el miedo al rechazo, esto de que te puedan despreciar por venir a ocupar un espacio que no te pertenece.

Sueño en espera

Nunca fue una opción el abandonar mi país. Jamás se me hubiera ocurrido irme, porque te crees que eres una fuerza que suma para lograr su liberación y al abandonarlo sientes que eres infiel a las promesas que has hecho. Al sufrir tantas injusticias me había prometido ser el vengador. Yo tenía un sueño, me veía en la calle con todo el mundo, abrazándonos, con mi bandera en alto, viendo que el opresor se había ido, o que habían respetado las elecciones y habíamos ganado como sabía que nos correspondía. Yo había soñado muchas veces esa escena toda festiva y alegre. Ese sueño ya no se va a cumplir y eso me produce tristeza y nostalgia.

Mi emigración fue obligada, aun cuando le puse las mejores ganas intentando verle todo lo positivo. Y sigo viéndolo a ratos, aunque algunos de mis días a veces

transcurren de una manera como si no viviera, como días en blanco, como si siempre estuviera esperando algo.

En esta, mi emigración de persona mayor que no pude decidir, ni salí por mi voluntad, fue exactamente de la misma manera que me sucedió a mis dieciséis años, en aquel momento mis padres decidieron por mí y en esta sucedió lo mismo, fue a mis hijas a las que les tocó tomar la decisión. Nunca fue mi deseo. Mi adaptación es diferente a la de entonces, no se resuelve en seis meses, como sucedió en aquella década de los cincuenta.

Mis platos y mis libros

En este viaje de huida de mi país, he dejado muchas cosas materiales que están allí en casa como esperándome pero que sé que no voy a volver a ver, o si lo veo será de paso, sé a ciencia cierta que no lo voy a volver a vivir.

Todos mis objetos de cocina, los platos y vajillas que fui comprando durante toda mi vida, muchos han estado guardados sin uso, pero que son testigos de mi transitar en el tiempo, otros que recibí de la casa de mis padres cuando ellos murieron y su casa se cerró.

Mis libros, todos allí sin que nadie los lea, solo esperando envejecer con los años. Aunque alguien me los trajera no sabría dónde ponerlos, ya no tengo lugar ni casa. Objetos inútiles que están regados, esculturas que hice en mi época de artista, todo eso que uno va acumulando y es como si un incendio o un sismo se los hubiera llevado.

Soledad en compañía

He llorado mucho, eso es totalmente cierto, han pasado ya dos años y puedo decir que ya lloro menos, pero esta emigración me ha costado muchas lágrimas, he llorado en silencio por mucha soledad. Me he sentido muy sola aun en compañía.

Fue en el momento de irme cuando me di cuenta de lo que significó separarse de los afectos, de los diferentes grupos de amigos con los que yo me relacionaba, mi amiga de salir a merendar, a comer helados, con ella he compartido durante cuarenta y ocho años; el grupo de compañeros de mi lugar de trabajo con los que conviví muchísimo tiempo y viví experiencias inolvidables; mis mujeres de literatura, algo muy especial, personas de mi edad, la oportunidad de sentirme totalmente comprendida y reírnos de tonterías y comer cositas ricas preparadas por nosotras; mis amigos del campo con los que disfruté de la experiencia de trabajar juntos ocho años y

sentirnos familia por tener una convivencia tan profunda; mis vecinos y los fines de año con fiestecita en la entrada del edificio; mis hermanos queridos y mis sobrinos con tantas navidades y cumpleaños vividos juntos y los amigos con los que caminé un momento de mi vida que viven en otras partes del país. Cuando salía de un cine y me encontraba a una persona que hacía años que no veía, me daba tanta alegría y en un momento nos contábamos mil cosas. Todo eso y más es lo que ya no tengo. Ya no me sucede. Mis días son planos en ese particular, todo eso se terminó y ya no vivo esos momentos de sobresalto que se tienen en los encuentros de personas queridas. Y esto me ha producido muchos momentos de llanto y de pérdida, muchos lloros en soledad y por mi edad sé que ya no lo voy a recuperar, ellos siguen estando ahí y por teléfono nos podemos seguir contando la vida, pero no es lo mismo que verse, que tocarse, y sentir todo el amor que tenemos y todo lo que nos quieren. Llanto extenso y abatido.

Café mañanero

Todos los días al levantarme me despierto deprimida, me cuesta un buen rato el abandonar esa tristeza lenta que se apodera de mi, que me ataca mientras duermo y siempre aparece al poner los pies en el suelo. Por eso enseguida monto un cafecito mañanero y el calor del líquido en el estómago me anima. A veces no sé dónde encontrarme o dónde ponerme y deambulo desorientada y son los momentos cuando me doy cuenta de que no tengo futuro, sólo tengo recuerdos y vida vivida y esos recuerdos en esta emigración los perdí, los dejé prendidos en las paredes de mi casa y en las avenidas de mi ciudad. Veo perfectamente claro en mi pensamiento el Ávila, majestuoso frente a mi al transitar en carro por mi calle y ver sus líneas tan limpias y exactas que parece que puedo extender mis manos y tocarlo y más especialmente después de un día de lluvia.

Cuando esto sucede debo rezarme un rosario de bondades que me da la vida para seguir viviendo y disfrutando cada día que Dios me regala y que me permite abrir los ojos y poder buscar el deleite en lo que tengo y me rodea.

Fiesta de emigrantes en Navidad

El viernes fui circunstancialmente a una fiesta, todos eran venezolanos, intentando que fuera una buena celebración, y lo pasé muy bien, se reunían por ser un mes especial de encuentros y festejos. Los días navideños son perfectos para brindar, olvidarse del trabajo y dedicarse por una noche al juego y al disfrute y así fue.

Me olvidé de todo, hasta de la nostalgia y hablé y conversé con los demás y jugamos y nos reímos y comimos cosas ricas y yo me sorprendí de mi capacidad de entregarme a pasar un buen momento y darme cuenta que no hablaba de mis recuerdos ni de mis pérdidas, con nadie lloré porque no tenía casa y solo vi que lo estaba pasando bien y que los demás también guardaban sus nostalgias y las memorias reticentes que a veces nos acompañan a los emigrantes. Todos dedicados a la entrega de estar lo mejor posible, como un mandato, como una obligación.

Además observé y admiré cómo el único mexicano que nos acompañaba se dedicó también a pasarla bien sin observar a esa fauna de personas de diferente nacionalidad a la suya y viviendo en su suelo. El también se divertía y se entregaba al juego de los venezolanos sin ningún prejuicio como si los conociera de toda la vida. Y me hizo reflexionar y sentirme menos extranjera, menos emigrante. Parecía que estábamos en un lugar neutral, por momentos todos queríamos pasar un buen rato de encuentros, juegos y música.

También me rondaba una pregunta, ¿esta alegría será porque nos sentimos todos venezolanos, aun cuando nadie hablaba para nada de Venezuela? ¿Será que todavía no hemos encontrado la amistad con las personas de este nuevo suelo? ¿Qué se hace cuando uno visita un país que no es suyo?. Cuando yo fui a otros países en viajes de recreo, los veía con ojos especiales, de admiración y respeto y con mucha sensibilidad para ver la belleza de aquello que estaba mirando, pero en este momento aun no sé qué es lo que me impide disfrutar de la belleza que la vida me brinda.

Taller literario y mujeres

Cuando fui recientemente a un taller de escritura y me vi rodeada de ocho mujeres mexicanas y que todas íbamos buscando en ese taller cosas parecidas, me pareció muy emocionante y sentí por un momento que el cordón umbilical que tenía con mi país estaba sino desapareciendo, al menos totalmente escondido para permitirme escuchar sus lecturas sin prejuicios, y cuando decían "dolor" era el mismo que el mío y cuando hablaban de "tristeza" o "soledad" no tenía nacionalidad, lloraban por las mismas causas y disfrutaban por lo mismo que disfrutaba yo y leí mis historias a otras mujeres, y abrí mi alma sin temor a las personas que allí había, que las sentía mis hermanas porque aunque tuvieran otra edad, su momento, ese justo en el que estábamos reunidas, era el mismo que el mío. Llegué a casa con el alma contenta.

De este taller me quedaron dos amigas, con las cuales me he encontrado para celebrar la amistad y tomarnos un café en un día cualquiera de semana. Para mí ha sido muy bonito y emocionante y aunque son sensiblemente más jóvenes que yo, he visto que mis casi ochenta años no las asustan y que en mis comentarios no me sienten extranjera, solo soy una mujer como ellas.

Siento al mismo tiempo que voy por un camino real, que todas somos mujeres, en este caso mujeres a las que nos gusta escribir, y que todas tenemos una historia que contar, porque el tiempo nos la ha grabado con nuestra vida vivida y es impresionante cómo se parecen nuestros deseos, nuestras ganas de disfrutar, de ser felices y de crecer.

Y veo todo esto como un caminar en mi inserción en el país que me recibe.

Comenzar una nueva vida

Converso todos los días con mi hijo, el que me queda como ancla en el país de mi corazón y me cuenta lo que hace y lo que vive y yo le relato de igual forma cómo transcurren mis días. Me parece fabulosa la manera de comunicarse en estos tiempos modernos.

Cuando mi hija Sonia estuvo cinco años viviendo en Italia de los años 1989 al 1994, la comunicación era por correspondencia y pasaban quince días en llegar las cartas. En aquel momento aún no teníamos correo electrónico y las llamadas telefónicas eran caras y reservadas para las fechas especiales de cumpleaños, Navidad o alguna noticia de trascendencia.

Por eso ahora al poder hablar con él todos los días por teléfono, verle la cara, enseñarnos objetos o elaborar alguna comida en conjunto, es algo realmente que no termino de agradecer, aunque todo el mundo lo vea de manera muy natural, todas estas cosas hacen que las distancias no sean tan duras como en otro tiempo pasado y es algo muy beneficioso para tolerar la emigración, tanto de los que se quedan como de los que nos hemos ido.

Cuando la semana pasada vinieron unos amigos muy queridos de Venezuela y estuvieron visitándonos y compartimos una comida muy típica de la Navidad, lo pasamos delicioso y me emocionó el encontrarnos, nos contaron cosas del país y de amistades comunes, de lo que está sucediendo allí y me di cuenta que no deseaba regresar pero tampoco puedo desprenderme del yugo que ejerce Venezuela sobre mí y olvidarme, y no sé cómo definir esta emoción. Esta es la diferencia que siento especialmente, con la emigración de mi adolescencia.

En aquel momento podía dejarme llevar, mis pocos años me lo permitían y yo me lo perdonaba. Pero hoy y ahora no quiero y no puedo permitírmelo, mi edad y mi cargo de conciencia no me lo permiten y mis emociones están tan unidas a esa responsabilidad de que de todo eso depende mi felicidad completa. Y los afectos son un tesoro que se cultiva en el tiempo y con el trato, y ya no tengo oportunidad ni tiempo para rehacerlos de nuevo y no puedo olvidar los que dejé con mi huida.

Y aun así no puedo negarme a una nueva vida, mientras respire y aún esté viva, tengo de nuevo oportunidad de conocer y de alegrarme por la amistad que el destino me pueda dar como un regalo maravilloso.

Soledad y miedo. Aventura y oportunidad

En este momento que vivo, la emigración tiene un sabor agridulce, hay soledad, miedo, belleza imposible de ignorar, añoranza, tristeza y compensaciones que te sorprenden por momentos, como el saludo de un mexicano que te ofrece su patria para que aquí te sientas bien y no tengas el sufrimiento que dejaste atrás. Definitivamente, el dejar un suelo y adaptarse a otro no es fácil, pero es algo que debo de intentar aprender.

Para comenzar una nueva etapa hay que cerrar la anterior y realizar el proceso del duelo, Esto es algo que he leído con lo que racionalmente estoy de acuerdo y que debería intentar para aprovechar el tiempo que me queda y no permitir que mis días pasen en blanco.

Tengo que ver la nueva situación como una aventura y una oportunidad y evitar hacer comparaciones, no es sano comparar todo con aquello que dejé.

Aquí funciona ese refrán que se suele decir a los niños cuando algo bueno se les acaba repentinamente o la vida los ha puesto en una situación difícil: "Si lloras por haber perdido el sol, las lágrimas no te dejarán ver las estrellas" y creo que es totalmente razonable repetírmela para que en verdad tenga la oportunidad de llegar a ver las estrellas.

Quisiera concluir este relato comprendiendo mi emigración, aun cuando resulta difícil analizar las cosas justo cuando las estás viviendo y las emociones no te permiten ver lo que sucede en toda su tesitura. En la distancia se tiene más claridad para uno entenderse y comprender todo lo que te rodeaba en ese momento.

Las personas deseamos siempre seguridad, queremos tener todo controlado para que nuestra existencia transcurra sin sobresaltos y saber que en el futuro nada nos va a faltar y creemos que eso nos da la felicidad y la paz tan anhelada por los seres

humanos. Un día descubro que nunca tendré seguridad completa, que aprender a vivir la incertidumbre es una forma de estar más libre y más firme en el universo de mis emociones. A esto me aferro, a sentir que la vida, la casa, la familia, los afectos, el arraigo, están dentro de mi y los llevo encima como el caracol lleva su casa, por lo tanto puedo permitirme vivir y crecer interiormente, entregada, con calma y de manera apacible en cualquier lugar del mundo, sin que por eso me vaya a olvidar de donde vengo.

Ciudad de México Diciembre de 2019